

REAL
ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

Colección
M^{ra} Teresa
García Moreno
Serie Catálogos
Nº 5

GINÉS LIÉBANA, 100 AÑOS DE CREACIÓN (1921 - 2021)

GINÉS LIÉBANA

100 AÑOS
DE CREACIÓN
(1921 - 2021)



2021

GINÉS LIÉBANA, CIEN AÑOS DE CREACIÓN

EDICIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL CLEMENTSON LOPE



Edita

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Dirección y coordinación

Miguel Clementson Lope

Textos

José Cosano Moyano	Raúl del Pozo	Rosa Luque
AAVV	Bartolomé Delgado Cerrillo	Jacinto Mañas
Ángel Aroca	Dicc. <i>Larousse</i> de la Pintura	Fernando Martín
Alfredo Asensi	Bernd Dietz	Ricardo Molina
Julio Aumente	Luis Figuerola Ferreti	Francisco Nieva
Juan Bernier	Manuel Gahete	Vicente Núñez
Jesús Cabrera	Antonio Gala	Ana Palacio
Carmelo Casaño	Pablo García Baena	José M. ^a Palencia Cerezo
Juana Castro	José Luis González Cobelo	José Ant. Ponferrada Cerezo
Carlos Clementson	César González Ruano	José María Prieto
Miguel Clementson Lope	José Hierro	Francisco Umbral
José de Miguel	Joaquín Lobato	Mercedes Valverde Candil
Carlos Edmundo de Ory	Mario López	Francisco Zueras
Luis Antonio de Villena	Roberto Loya	Ginés Liébana

Documentación técnica, bibliográfica y fotográfica

M. Clementson

Diseño gráfico y maquetación

M. Clementson, José Manuel Nieto Rosa

Edición fotográfica y fotografía

Francisco J. Segura Castellanos, M. Clementson, Mateo Liébana, Rafael Inglada, José M. de la Fuente, Piedad Aroca, José Jiménez Poyato, Ángeles Clementson Lope, e imágenes del archivo personal del artista

© De los textos

los respectivos autores

© De las fotografías

los respectivos autores

Especial gratitud y reconocimiento a

Diputación de Córdoba	Rafael Inglada
Escuela de Arte « <i>Mateo Inurria</i> »	Mario Galán
Ayuntamiento de Villa del Río	José Manuel de la Fuente
Museo Prov. de Bellas Artes de Córdoba	Ángeles Clementson Lope
Mateo Liébana	

Impresión

Litopress (Avda. República Argentina, 22. Telf. 957 23 57 02, email: edicioneslitopress.com)

ISBN 978-84-123535-9-4 Dep. legal CO 551-2021

ODA POBRE Y JOVIAL A GINÉS LIÉBANA

Carlos Clementson



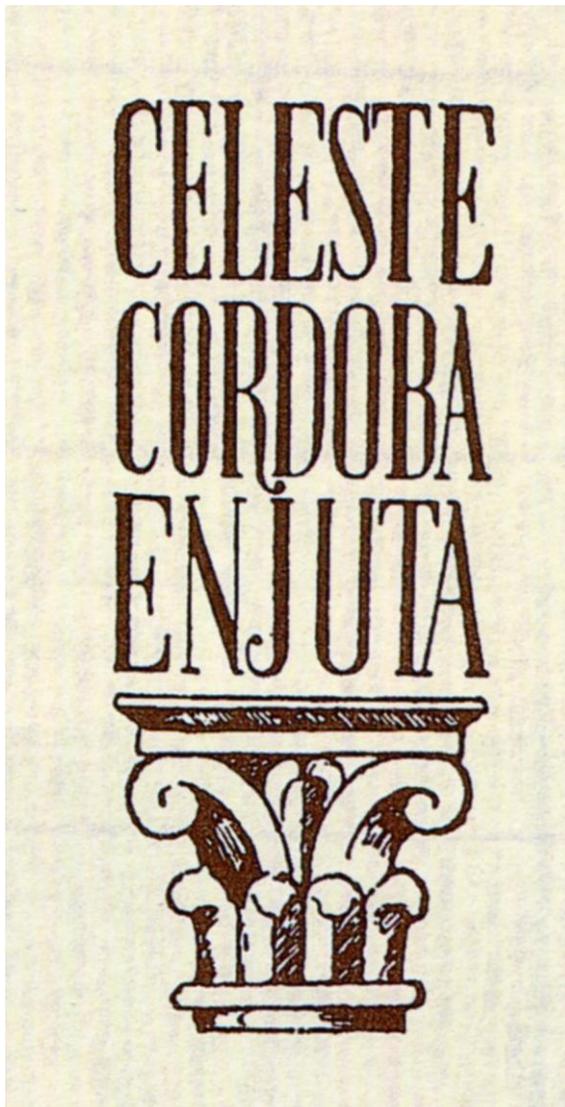
Ginés adolescente, en 1937, ultimando su cuadro *Thais*

Cuando se va de luto el año 36, con sólo quince años,
y se pasea con Pablo por la calle de Armas, mientras Juan, refugiado
en un piso vacío, lee a Chateaubriand, se asfixia y se pudre de miedo,
cuando suenan al alba las descargas lejanas en los muros heridos;
cuando la vida sólo se escribe en blanco y negro y el color de las lágrimas;
cuando siempre uno quiso seguir otro camino, y un día comenzó,
sin decir nada a nadie, a escribir otra cosa: las *Herejías de Sandua*,
y buscó la belleza dondequiera estuviese,
y cogió su maleta, y se fue a Madrid luego, y después ya muy lejos,
con los ojos abiertos a todos los colores de la vida y del sueño,
con la misma inocencia, luminosa y alegre, con que cantan los pájaros,
y lo mismo que el pájaro solitario del “Cántico”
voló con alas propias (y a veces en su vuelo
encontróse allá arriba con Teresa de Ahumada y el mismo Juan de Yepes,
y luego, aterrizando, fue contándolo en verso);
cuando se ha estado en Río viendo bailar las olas,
en donde las palmeras eran altos palacios de luz y rayos verdes,
y la noche, profunda, con un son de guitarras y tambor perfumado,
mientras Córdoba abría su indolencia hermosísima de los años cincuenta
entre lujo y miseria y cines de verano, allende del Atlántico;
cuando ya se ha vivido el color de Venecia, su humedad femenina,
y Florencia nevada con sus piedras ilustres, y París con su luz inverniza y friolenta,
y Córdoba en clausura lo mismo que un convento o un armario de luna, de caoba o de cedro,
entonces uno puede ya subirse a lo alto de una antigua columna
en mitad del desierto —San Ginés estilita—,
y allí aprender la lengua con que hablan los pájaros
para alegrar el mundo,
o sentarse a la puerta de su tonel, sereno y, quizá hasta dichoso,
como un Diógenes Liébana,
a ver volar los ángeles
con la sabiduría que da el haber sufrido, que da el haber vivido,
y sonreír, sin embargo.

LA MANO ENGUANTADA DE DIOS BENDICE CON UNA FLOR DE NARDO LA INSPIRACIÓN DEL POETA FEDERICO GARCÍA LORCA EN LA VEGA DE GRANADA

(Écfrasis, romance ingenuo o leyenda dorada
para un retrato del poeta, por Ginés Liébana)

Carlos Clementson



Como a un Cristo en el Jordán
bajo el Espíritu Santo,
Federico García Lorca
hoy recibe al enviado
de los Cielos y el bautismo
de la palabra: la mano
derrama su bendición
sobre el hijo muy amado.
Y así el verbo del espíritu
se hace paloma de nardo
para bautizar el nombre
de quien nació para el canto,
y estas palabras se escuchan
la escena sobrevolando
por debajo de las nubes:
«- Con este aroma de nardo
el aroma de tu verso
será desde ahora algo mágico,
y tampoco será tuyo
del todo ya, sino algo
que será ya tan de todos
como el aire de los campos.
Y así quedarás cual ángel
en amor santificado:
tu nombre será ya eterno,
como de hierro forjado;
y, tal lo pintó Ginés
iluminando este cuadro,
tu nombre sobre Granada
siempre sonará encantado
como la mano del viento
acariciando los álamos
del Genil, y tu corona
ya no será de laurel
sino de aroma de nardo».



G. LIÉBANA, *Alma ausente en un paisaje sumergido* (1986), óleo / lienzo, 43,5 x 40,5 cm.

CELESTIALES CONSEJOS AL JOVEN GINÉS LIÉBANA

Carlos Clementson

Para María Victoria, ángel de Ginés

En el tiempo en que los Ángeles habitaban la tierra,
cuando todo era aire limpio como un vuelo de ángeles
y los peces volaban todavía en los aires,
porque para eso ellos tenían también sus alas,
o mejor, sus aletas, como las mariposas;
y te encontrabas ángeles al volver una esquina,
o vagando en el campo a la busca de espárragos,
o tras de algún conejo, aunque no los cazaban
porque no eran carnívoros,
como son los vampiros, o mejor, los humanos
—tan solo algún tomate con un poco de sal
o un vaso de gazpacho al llegar el verano—,
en aquel tiempo prístino
se acercó Ginés Liébana a su ángel tutelar,
que era de Valenzuela, y sin más circunloquios
le preguntó: —"Maestro, ¿qué es lo que debo hacer
para ser también ángel?, aunque tan solo pueda
ser un ángel de pueblo,
pues la cosa esta mal, y es pecado de orgullo,
soberbia o vanidad, ser un Ángel Flamígero,
un ángel de postguerra,
de esos tan importantes, siempre en vela y velando,
con la espada encendida, de guardia en los luceros,
como los grandes Ángeles de Don Eugenio d'Ors,
que escoltan Cuelgamuros,
o los de Milton, ángeles del *Paradise Lost*,
que son como unos ángeles que hasta saben latín,
aunque hablen en inglés,
ni un ángel de los que hablan —¡Dios mío!— en alemán,
esos terribles ángeles
que dan miedo a los niños y que le gustan tanto
a todos los poetas;
lo mío es otra cosa
—dijo— más discreta y más fina;
no un ángel, pues, de Duino, sino mejor, un ángel
o arcángel andaluz, o más aún, cordobés,
de los que tanto encantan a Ricardo Molina
o al mismo Rafael Pablo García Baena,
o al docto Juan Bernier,
cuando íbamos con él por conventos e iglesias

a rendir pleitesía a todos esos ángeles
de la Angelología,
o un ángel como esos
de mi Villa del Río, junto al Guadalquivir,
un ángel pescador como San Rafael,
o los San Rafaelillos que, sin que los veamos,
tiene siempre a sus pies la Virgen de la Estrella.

—"Maestro, y qué he de hacer
para ser un buen ángel custodio cordobés,
o si no, al menos, ser un ángel liebanita
para pintar el cielo, cada vez que amanece,
a espátula o pincel".

—"Hijo mío, Ginés, primero has de tomarte
tan en serio la vida que no se lo parezca
a todos los que apenas saben lo que es la vida;
y en vez de agriar el gesto o adoptar una pose
muermo-existencialista,
esbozar mejor siempre una alegre sonrisa
a lo largo del curso que comprendan tus días,
que en el fondo
es el rasgo que adorna a los más finos ángeles,
los ángeles artistas,
como los vio Leonardo;
pues, como ya canto allá en Sandua, Ricardo,
lo más profundo es la alegría,
que es el arma mejor
para vencer las sombras y a toda esa terrible
negrura con que, a veces, nos puede herir la vida".

"Esa ha de ser, pues, siempre
tu mayor gloria,
la razón de tus días y de tu fe de artista:
el amor a la gracia, al goce y la sonrisa,
que no hay —te advierto— mayor sabiduría
que ser como los pájaros cuando amanece el día,
que son como unos ángeles cantarines, por más
que de menor cuantía.
Y vivir, y pintar, y escribir, y viajar,



G. LIÉBANA, *Ángel* (2015)

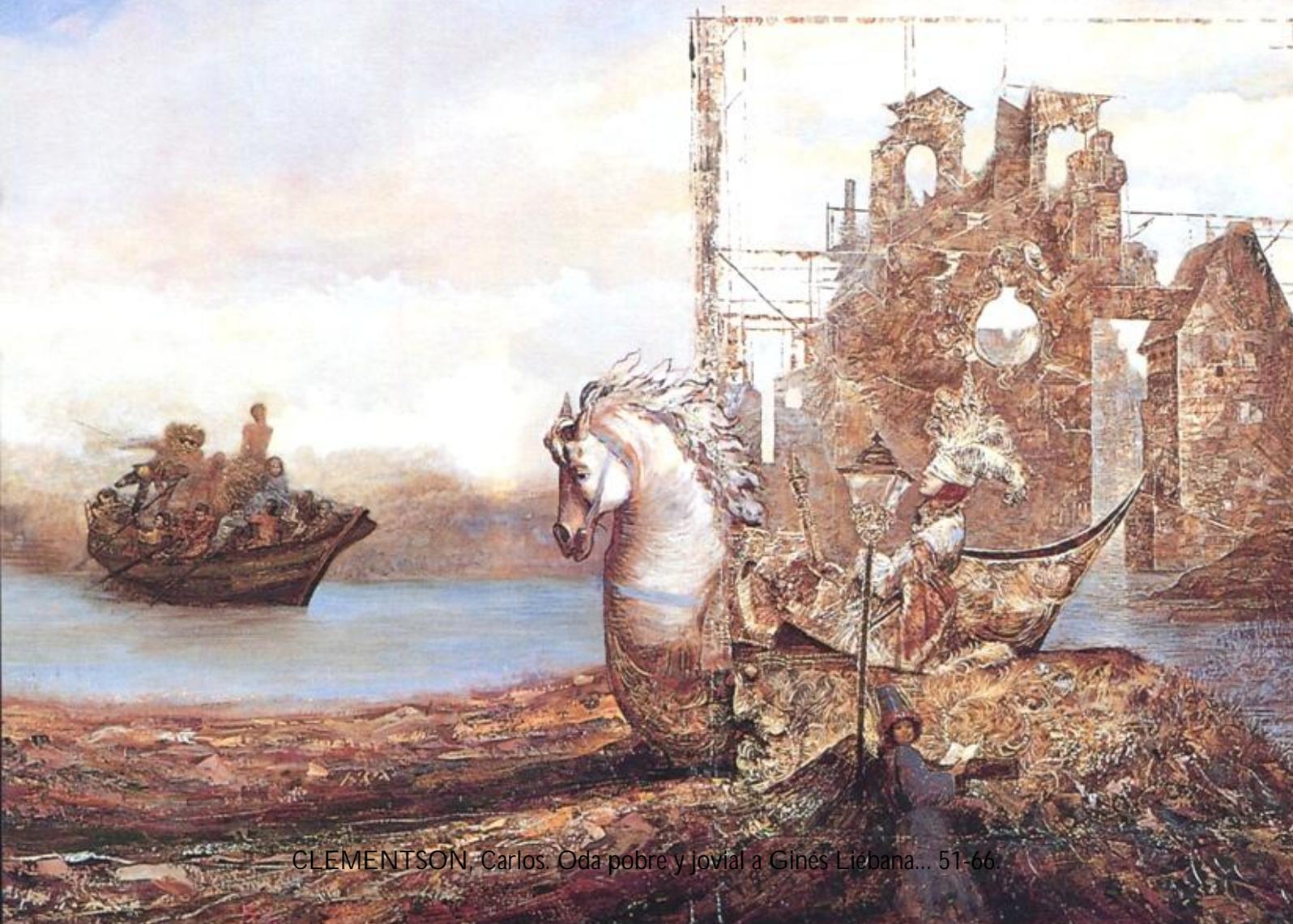
y alegrarnos
la vida a los demás, sea ya con el color,
el verso o el humor, la risa o la ironía,
igual que el ruiseñor,
que no es triste ni trágico,
sino que llena toda la noche con su canto
y cuyo gozo alumbrá las sombras de la noche
como la luz del día,
cantando la belleza del amor y el vivir,
pues —tal dijo el poeta—
«todo lo que es hermoso es un perpetuo gozo»,
y todo lo que es bello nos llena de alegría”.



G. LIÉBANA, *Ángel de la guarda*

G. LIÉBANA, *Llegada a Manantiálica
del equipaje ignoto*

va soñando y bogando por un piélago oleoso
de reflejos sulfúreos bajo un claro de luna
(ha escampado un momento),
y buscando, buscando
no sé qué extrañas llaves que perdiéranse un día
ya en el fondo del río o en el mar de los sueños,
va bogando en silencio, hurgando con su pértiga,
en su esquite de luna, de humor fresco y misterio.



LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES

Carlos Clementson

Córdoba no es sólo la ciudad del *excelso muro*, de la poderosa muralla romana que la ciñe, y que cantara Góngora, sino también la de las esbeltas *torres coronadas de honor, de majestad, de gallardía*, la de las finas torres y campanarios de sus iglesias fernandinas, como San Lorenzo, San Nicolás, Santiago, La Magdalena o San Miguel, que vinieron a sustituir, tras la conquista, con la broncínea sinfonía de sus campanas, a la solitaria voz de los almuédanos y a tantos otros alminares de otras tantas pequeñas mezquitas cordobesas.

Y si alguna de estas pequeñas iglesias, iluminadas por la noche, nos puede parecer un delicado y rutilante objeto de orfebrería, como la de San Lorenzo; otras, como las de Santa Marina o San Pedro, sólidas como auténticas fortalezas cristianas —religiosas y castrenses al mismo tiempo—, nos dan razón de una rotunda y austera gravedad gótica que en la Real Iglesia de San Pablo adquiere una sobria majestad y belleza.

El fulgurante barroquismo de la poesía de Don Luis de Góngora puede tener también su correlativa o equivalente plasmación arquitectónica en otras joyas del monumentalismo cordobés como el antiguo Colegio de la Inmaculada, que en su polícroma belleza en mármol siempre me ha parecido una majestuosa metáfora arquitectónica de la poesía de Don Luis.

Nuestra ciudad es también la ciudad de los ángeles. Legiones de ellos la custodian con sus alas, desde el cielo tan próximo de sus esbeltos triunfos de piedra, y otros casi entre las mismas nubes, como *el arcángel de oro que corona de Córdoba la torre*, tan finamente renacentista de su Catedral, y que cantara, lleno de añoranza, desde su romántico exilio liberal en la isla de Malta, Ángel de Saavedra, ángel también, como no podía ser menos en un poeta-pintor como el Duque de Rivas.

Es su arcángel protector, San Rafael, símbolo de la ciudad como el León de San Marcos pueda serlo de Venecia; un ángel viajero y tutelar, de estirpe barroca y dieciochesca, pero que también abraza y custodia a las

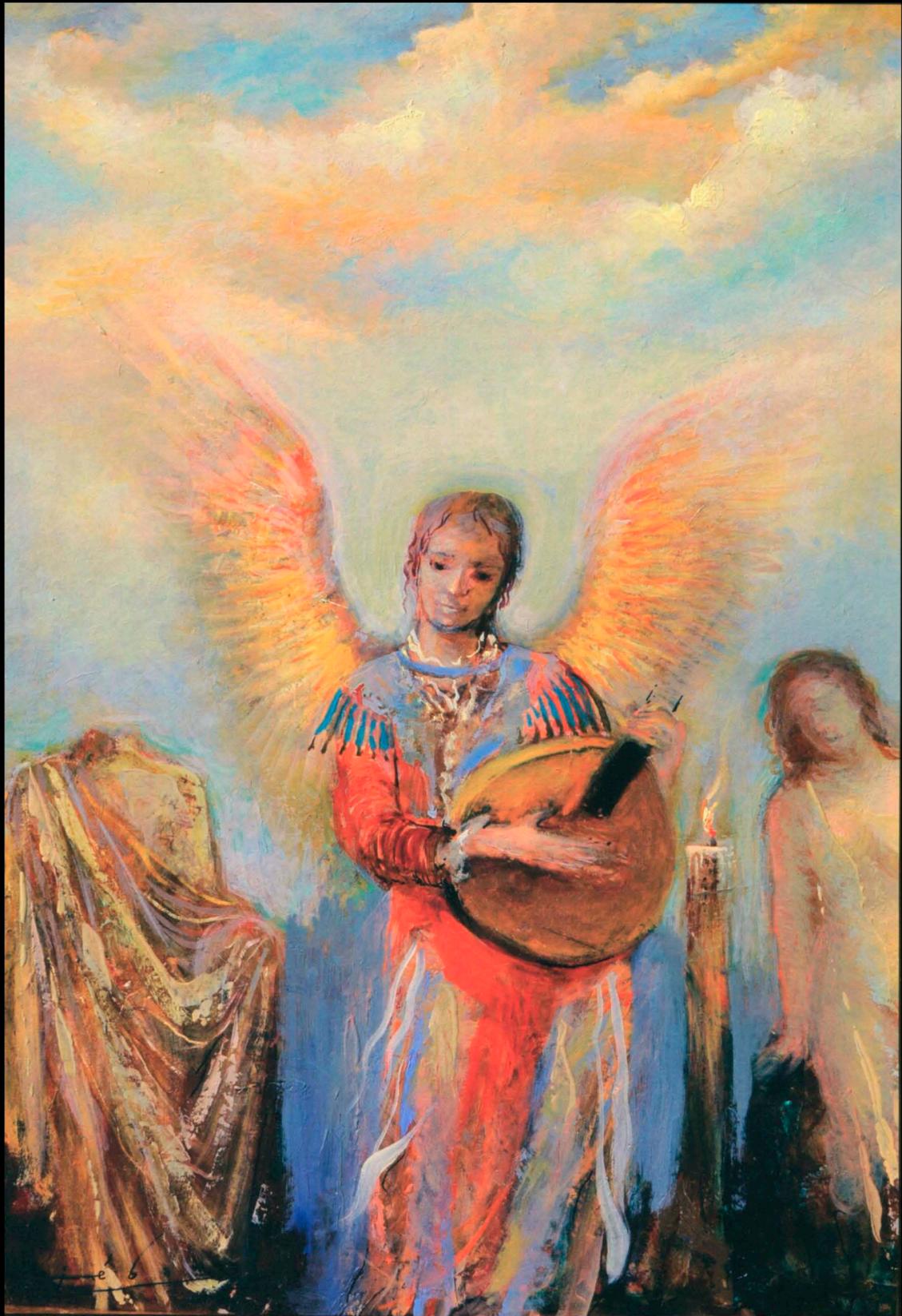
otras culturas de esta histórica urbe, pues no en vano el Corán está lleno de ángeles, y el joven dios romano Mercurio, el Hermes de los griegos, el anunciador, también llevaba alas en sus pies.

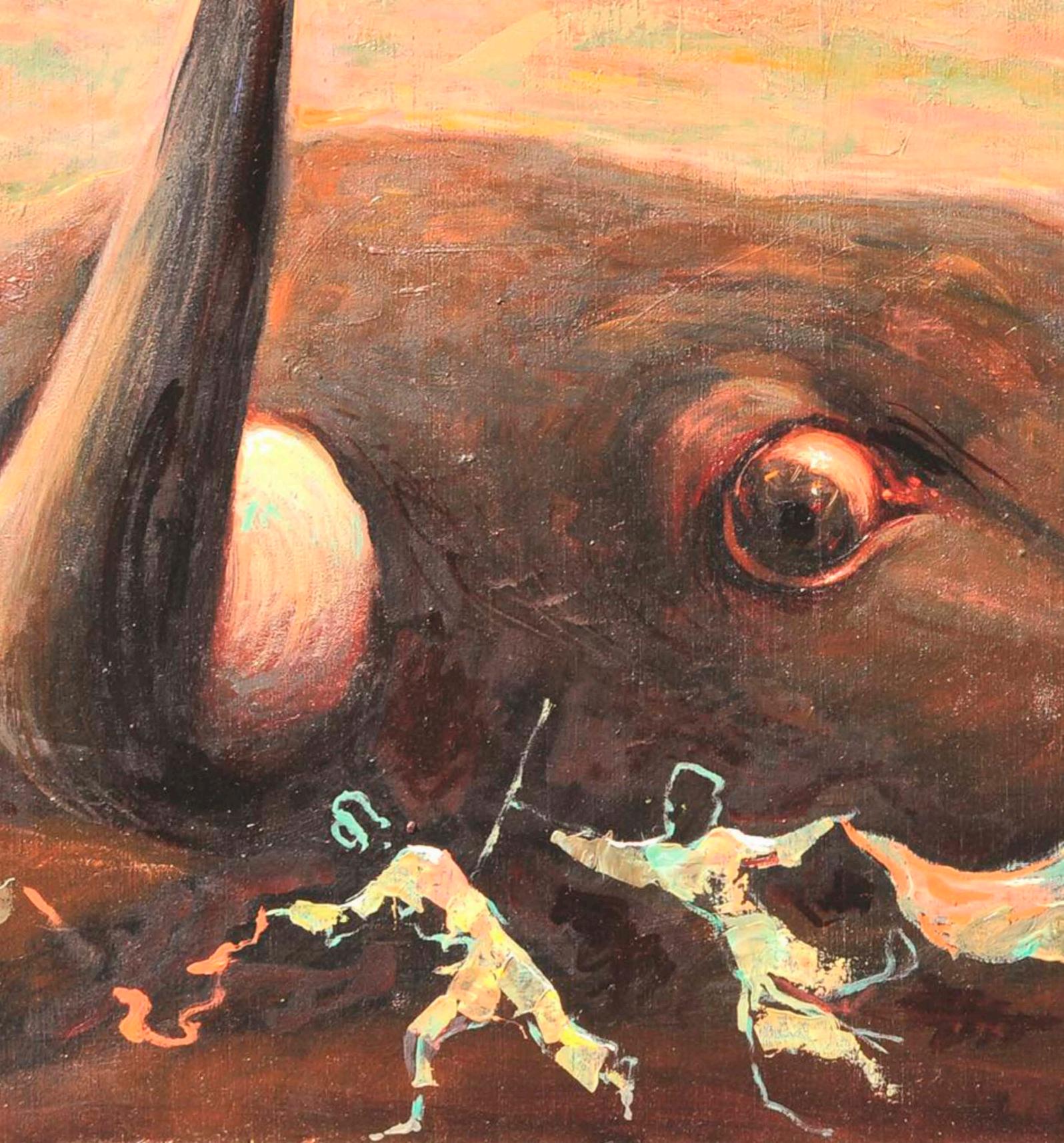
Pues bien, esos ángeles custodios de las torres y los triunfos de Córdoba no sólo han quedado estáticos y avizores de cualquier peligro o epidemia en sus sitiales ciudadanos, sino que en un gesto airoso y volatinero, de uno o dos aletazos son los que han descendido desde sus miradores, viniendo a presidir, como un símbolo de cordobesa celestial, la pintura de Ginés Liébana, un auténtico pintor angélico, no cabe la menor duda, quien, gracias a esa misma protección alada, inaugura este día, dos de marzo de 2021, sus primeros cien años felizmente en vida.

Un feliz centenario que nos congratula a todos, y que lo es también de otros inolvidables poetas de *Cántico*, como sus compañeros ya en la gloria, tanto celestial como literaria, Pablo García Baena y Julio Aumente, que también vieron la luz en su Córdoba eterna y cotidiana este mismo año de hace un siglo. Y muy cerca debe andar ya de su centenario también el fino y brillante poeta José de Miguel, benjamín de esa gloriosa pléyade, cuya reciente ausencia tanto añoramos sus amigos y a quien el señor Ricardo Molina, que fue el primero en abandonarnos a sus cincuenta años, glosando su siempre risueña y generosa amistad, calificó de *alegría de nuestra juventud, báculo de nuestra vejez*, aunque Ricardo, desgraciadamente, nunca llegaría a necesitar tal báculo de senectud por parte de su amigo.

G. LIÉBANA, *Ángel músico, entre la Córdoba romana y la cristiana*, óleo / lienzo, col. particular







G. LIÉBANA, *Ruedo Ibérico*

EL VUELO LUMINOSO DE GINÉS LIÉBANA

Carlos Clementson

A finales de agosto de 1947 Córdoba perdía a uno de sus hijos más ilustres, Manuel Rodríguez “Manolete”, maestro en el noble arte de la tauromaquia, si bien, dos meses después de aquella luctuosa fecha, nuestra ciudad alumbraba, a la sombra de las alas barrocas del ángel de “Cántico”, a una nueva y rica pléyade de artistas, artistas del pincel y la palabra, como queriendo resarcirse de aquella pérdida dolorosa.

Parecía como si el genio de Córdoba, con la emoción y la belleza que entrañaba la obra de estos cinco poetas y sus dos pintores, hubiera querido compensar, al menos artísticamente, la menesterosa realidad en todos los órdenes de aquella sociedad desmayada y vencida por el luto, la tristeza y el hambre, que en la figura del tercer califa encontraba un claro ejemplo de superación y de triunfo contra el destino.

Ginés Liébana, nacido en Torredonjimeno en 1921 e hijo adoptivo de Villa del Río, pronto marcharía con su familia a la capital de la provincia, donde, como tantos pintores de esta tierra, se formaría en su Escuela de Artes y Oficios, verdadero crisol de excelentes profesionales, y pronto pasa a formar parte fundamental del grupo “Cántico”, cuyos poemas interpretará plásticamente con sensual imaginación y vuelo lírico. En tempranas fechas se encamina a Madrid para entrar a formar parte de la redacción de *El Español*, en cuyas páginas dejará testimonio del etéreo barroquismo que le caracteriza y que ha dado en cuajar en un sugestivo figurativismo fantástico, onírico y visionario, pero de muy pulcra y segura pincelada, casi manierista, que lo ha constituido en uno de nuestros pintores más personales y poéticos, creador de un orbe propio inconfundible, lleno de imaginación, gracia y armonía, como tocado por el ángel.

El año 1950 lo encontramos en París, en donde expone en cuatro ocasiones con gran éxito, y posteriormente en Río de Janeiro, ciudad en la que alcanza gran reconocimiento, a la vez que su pintura se carga, en esta etapa —un poco a ritmo de samba—, de resonancias exóticas y tropicales. Viaja luego por Europa y, tras regresar a

Córdoba, se instala definitivamente en Madrid el año 1968. Expone en diversas ciudades españolas y termina por configurar su característico estilo en el que lo poético, lo imaginario, lo onírico, lo grotesco, lo bello y lo terrible se confabulan en un acabado dominio técnico para plasmar una intensa y peregrina pintura inconfundible que, a su vez, incorpora también audazmente ciertos valores convencionalmente “literarios”, como ocurriera en los mismos pintores “prerrafaelistas”, a los que le une su fino miniaturismo recamado; todo lo cual no empece la evidente entidad plástica de su arte, tan rico, tan complejo, tan lleno de guiños en intenciones, y en el que el humor, la picardía y el sarcasmo, nunca lóbregos ni amargos y en lúdica pirueta de signo barroco, también juegan un papel protagonista a la manera de El Bosco, en una especie de minucioso detallismo surreal, que no tiene nada que envidiar a las ensoñaciones dalinianas.

De su toda vasta producción a lo largo de más de ocho décadas de incesante creación inagotable —paisajes, retratos magistrales e inconfundibles, bodegones muy “sui generis” y otras tantas escalas entre la realidad y el ensueño—, la figura del ángel cobra en la biografía artística de Ginés un protagonismo decisivo y tutelar: ángeles en cuya esbelta silueta, en cuyos ritmos y gestos finamente volatineros o volátiles, se confabulan esas irradiantes e iluminadoras llamaradas visionarias y creativas, fantásticas y maravillosas, que, a fin de cuentas, es el mágico común denominador que preside toda su obra, junto a la gracia, o precisamente por ello, por el ángel de la gracia y de la alegría, que parece no dejarle en paz ni un momento.

Porque un ángel —al menos los ángeles de Liébana— no es, como ya he apuntado en algún sitio, algo terrible, como creyera Rilke; más bien los ángeles de Ginés son algo aéreo, grácil yailable (“*cosa divina, alada y graciosa es la Poesía*”, dijo Platón), algo leve, inconsútil, tan rítmicamente ascensional y evanescente es la llama interior de la que se alimentan y dentro o en torno de la cual parecen danzar, en un giro tan tempestuoso, tan



G. LIÉBANA, «Platero», Galería Arribas, Madrid, junio - 1969

férvido y peregrino, como el mismo trazo estilizadamente dinámico y germinal que los configura.

Alegría y radiante optimismo de los ángeles, de estos ángeles tan meridionales, tan burbujeantes y cordobeses —quizá con algo de *champagne* en sus venas—, tan ajenos a la oscura terribilidad germánica y centroeuropea de los grávidos y ominosos titanes rilkeanos. Pues sí, según Don Francisco de Goya, “*el sueño de la razón produce monstruos*”, aquí, el sueño, el sueño de la imaginación de Ginés, produce ángeles. Y eso que salimos ganando.

En toda esta pléyade de ángeles alados —que yo no sé si pertenecen al rango de los tronos, de las dominaciones o potestades, o al menos grandilocuente de los blondos querubos, o al de los mismos duendecillos de andar por casa, que todo lo trastornan—, hay algo de oxigenada travesura intelectual, de feliz juego lírico-plástico, de espumosa, efervescente creatividad, una creatividad desinhibida, alegre, franca y sin complejos. Una especie de fresca e ingenua ternura y comprensión por la bondad de lo pequeño, de lo pequeño inteligente, desvalido y azul. Pues un ángel no tiene necesariamente que ser tampoco algo impresionante; seguro que el ángel de Ginés no lo es, y más bien sea un ángel bajito, esbelto, finísimo y jovencísimo, y sobre todo pobre, que, eso sí, debe de conocer varios pasos de baile o del toreo, y hasta correr en bicicleta.

Todo lo cual viene a configurar una serie de ademanes estéticos, de visiones y actitudes que terminan por conformar nuevos y no advertidos aspectos de la realidad, de la imagen, e incluso del lenguaje, de un trasfondo entre surreal y postista. Pues todos esos ángeles lo mismo sobrevuelan sobre las acuarelas u óleos de Ginés que aletean entre la encarnadura iluminadora, fértil y sonrosada de sus propios versos... porque no estará de más apuntarlo, ya que algunos parecen no haberse dado cuenta todavía: Ginés Liébana, a la vez que pintor, es un poeta, un poeta total de la línea, del color... y del verso; de la imagen, en una palabra, sea esta plástica, lírica o dramática.

Y estará todavía incompleta cualquier teoría o estudio sobre el grupo “Cántico” si entre la nómina de sus poetas y escritores, junto a Pablo, a Juan, a Julio, a Mario, a Ricardo, omitimos el nombre de Ginés, autor de una obra poética de insoslayable originalidad creadora, y que, por otra parte, continúa con un ingenio y personalidad excepcionales, esa cierta veta dramática y escénica que Ricardo Molina iniciara en su auto sacramental “*El hijo pródigo*”, con obras de tan irradiante creatividad literaria como “*El navegante que se quedó en Toledo*” o “*Casanova en Priego*”, entre otras joyas para nuestra escena.

A todo ello hay que añadir para completar el cuadro un fresco y espontáneo sentido del humor, y una búsqueda de la alegría y un rechazo de toda gravedad y solemnidad impostadas en todas las obras de nuestro maestro y amigo, tanto las plásticas como las literarias, en un triunfo luminoso de la gracia, del desplante, en una especie de imaginativa pirueta ilogicista y sin red: el alígero, arcangélico salto vital —que no mortal— del lenguaje, pues no en vano Ginés Liébana se mueve no “sobre los ángeles”, como en el libro surrealista de Alberti, sino entre los ángeles, hasta tal punto está acostumbrado, desde niño, a convivir con su alado magisterio, desde la cima del siglo que en 2021 ha cumplido este genial hijo y paisano nuestro de Villa del Río.

Todos sus amigos nos felicitamos y felicitamos al maestro por los juveniles primeros cien años de este creador sin igual, que ha llenado de belleza, de sabiduría artística, de optimismo y alegría creadora el panorama de la pintura y las letras españolas contemporáneas.

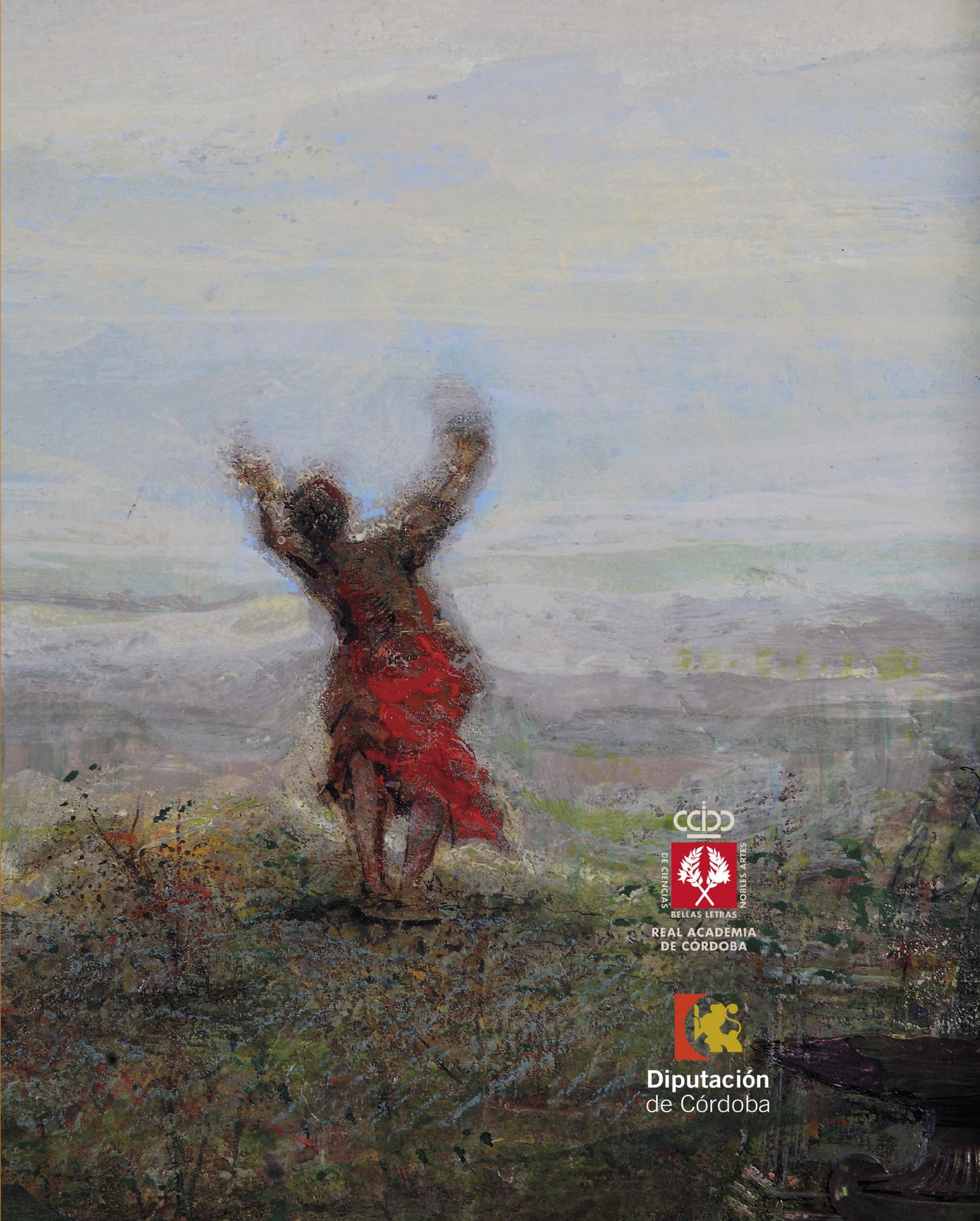
G. LIÉBANA, *Todo está en el aire* (1977), óleo-lienzo, 60 x 49 cm. ▷



CLEMENTSON, Carlos. Oda pobre y jovial a Ginés Liébana... 51-66.



CLEMENTSON, Carlos. Oda pobre y jovial a Ginés Liébana... 51-66. Foto: José Manuel de la Torre



ccbo



REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



Diputación
de Córdoba